

# Navidad

siempre en TINI eblas



# Capítulo 1

**E**staba él y luego estaban los demás.

Sí, ahora ya no podía decir que hubo otros antes que él.

Los otros a los que, sin embargo, durante su vida había dedicado su tiempo, a los que había dado lo mejor de sí mismo.

**A**hora, con cada día más y más dificultades, trató de vivir normalmente.

No, no estaba triste, gracias a Dios, todavía tenía habla y no se privó de ella.

Por lo tanto, la vida se agitaba a su alrededor, sin él.

**S**in embargo, los niños del pueblo no se olvidaron de él y vinieron, a su vez, a hacerle una pequeña visita.

A veces eran dos los que escuchaban las hermosas historias que contaba y de las que solo él tenía el secreto, a menudo hasta los mayores se unían a los pequeños.

Estos niños fueron, para el maestro que se había quedado ciego, el apoyo que le permitió creer que su existencia no habría sido inútil.

Incluso si hoy, antes de la edad de jubilación, ya no podía enseñar, incluso si hoy se había vuelto dependiente de los demás, ninguna amargura jamás lo habitó.

**H**abía aceptado su condición física con tanta dignidad que la gente casi había olvidado su enfermedad.

¿Y él? Bueno, él también estaba tratando de alejarla, de vivir como si...

Cada día le anunciaba una nueva prueba, prueba que superaba con regularidad y con una especie de obstinación que inspiraba admiración.

**S**olo su casa le ofrecía la protección suficiente para permitirle caminar cómodamente.

De hecho, conocía los rincones y grietas y se movía con facilidad.

Afortunadamente, mantuvo todos sus recuerdos intactos.

También recurrió a sus conocimientos para llenar esas largas horas en las que apenas podía moverse.

Todo esto le permitió resistir el aburrimiento. Echaba de menos leer e incluso había empezado a aprender Braille.

Había llegado el invierno y con él el frío.

Debido a la nieve y al riesgo de hielo, el maestro rara vez podía salir de su casa. Los niños venían a verlo pero sus visitas duraban menos.

Estaba oscureciendo rápidamente y a los padres no les gustaba sentir a sus crías afuera.

**U**na tarde, varios niños que estaban allí cuchicheaban, reían nerviosos, se empujaban unos a otros, entrecerrando los ojos como para ocultar la luz que se les escapaba.

Todo esto sucedió de buen humor y en una especie de alegre excitación y conspiración. Un misterio reinaba en la habitación que el profesor, acostumbrado al ambiente de una clase de alumnos, había captado de inmediato.

"¿Qué está pasando, niños?", preguntó.

"¡Nada, nada señor!

El maestro de escuela prosiguió:

"¿Estas seguro de eso?"

La voz temblorosa de un niño se elevó:

- ¡Oh! ¡Es una sorpresa, señor, no podemos decir nada!

¿Qué estaban tramando estos pequeños diablillos? El maestro no insistió,

pero escuchó a su pesar:

"¿Crees que llegaremos allí?" ¡Se necesita mucho dinero!

"Bueno", pensó, "que se diviertan, es su edad".

Pensando en todos esos años que pasó enseñando a los niños del pueblo los conceptos básicos de la vida, sonrió y pensó cuánto los había amado, esos niños.

Prácticamente todos los jóvenes del pueblo habían desfilado en su clase y, éste, ya adulto, se había mantenido en contacto con él.

**Y** entonces... fue Nochebuena.

En la iglesia abarrotada se extendió una corriente de calor humano.

El maestro y su esposa escuchaban con fervor la misa de medianoche.

A pesar de la discordia ancestral, toda la gente del pueblo estaba unida.

Las oraciones tomaron otra dimensión para el maestro ciego, le trajeron tranquilidad.

Le hubiera gustado tanto poder ejercer su profesión unos años más, pero el destino no se lo permitió.

Al salir de misa, una vez en la escalinata, sintió el silencio de la noche, de su noche...

No había ruido alrededor, la nieve debía estar asfixiándolo todo, se dijo, agarrado al brazo de su mujer.

De repente le llegó un susurro:

- ¡Aquí está!-

Una extraña sensación lo atravesó cuando sintió una pequeña mano agarrar la suya, al mismo tiempo que una voz infantil se elevaba:

"¡Aquí señor, esto es para usted!"

Y el niño, obligándolo a inclinarse, le hizo acariciar el lomo de un soberbio labrador ceñido con un arnés.

"Está entrenado, ¿sabes?", continuó el chico en voz baja.

Atónita, la maestra solo pudo tartamudear:

"¡Así que esa fue tu sorpresa!"

— Bueno... sí, pero sin nuestros padres, e incluso sin toda la gente del pueblo, nuestras alcancías no habrían sido suficientes... ¡Se necesita mucho dinero para comprar un perro guía!

**P**or iniciativa de los niños, los aldeanos se habían unido olvidando sus agravios y era sobre todo lo que pensaba la maestra en este maravilloso momento.

"Navidad, un guión entre los hombres", se dijo a sí mismo, deslumbrado por dentro.

Sí, gracias a sus queridos alumnos, recordará por siempre su primera Navidad... en la **oscuridad**.